

Libro de Sobrino, Jon... Bajar de la cruz a los pueblos crucificados principio misericordia

Resumen y aporte personal

I. Despertar del sueño de la cruel realidad

El autor Jon Sobrino en su primer título del libro principio misericordia tiene como objetivo que hay tener la fuerza necesaria para despertar y sacudir a la sociedad y a la Iglesia. Dice que la misericordia no es suficiente, pero es absolutamente necesaria en un mundo que hace todo lo posible por ocultar el sufrimiento y evitar que lo humano se defina desde la reacción a ese sufrimiento.

En el tercer Mundo, el cambio fundamental también consiste en un despertar, el “sueño de la Inhumanidad”, es decir, despertar a la realidad de un mundo oprimido y sometido, y hacer de su liberación la tarea fundamental de todo ser humano para que, de este modo, éste pueda llegar simplemente a serlo.

1. Despertar de dos sueños

En su caminar en este trabajo de la teología de la Liberación del pueblo oprimido y en exhortación va encontrando que ese sueño de la inhumanidad, que no es otra cosa que el sueño del egocentrismo y del egoísmo. Pero despertarnos. Esa era la tarea y el objetivo después de regresar al Salvador y experimentar el dolor del pueblo salvadoreño de la injusticia en que vivía y sumándole también a todo el pueblo latinoamericano. Teniendo desde el principio teniendo en claro que la verdad, el amor, la fe, el evangelio de Jesús, Dios, lo mejor que tiene los creyentes y los seres humanos, pasaban por ahí, por los pobres y la justicia.

Al despertar y abrir los ojos a la realidad del pobre latinoamericano, la pregunta fundamental se convirtió en si somos o no humanos y, para los creyentes, en si nuestra fe es o no humana. La respuesta no fue la angustia que suele acompañar al despertar del sueño dogmático, sino el gozo de que sí es posible ser humano y creyente, pero no sólo la mente, de sometida a liberada, sino de cambiar los ojos para ver lo que había estado ante nosotros, sin verlo, durante años, y de cambiar el corazón

de piedra en corazón de carne, es decir dejándonos mover a compasión y misericordia.

2. los ojos nuevos para ver la verdad de la realidad

Lo primero que descubrimos en el Salvador, es que este mundo es una inmensa cruz y una injusta cruz para millones de inocentes que mueren a manos de verdugos, “pueblos enteros crucificados”, como los llamó Ignacio Ellacuría.

En su recorrido dice que hemos aprendido que los pobres de este mundo no interesan prácticamente a nadie, que no interesan a los pueblos que viven en la abundancia y que, ciertamente, no interesan a quienes tienen algún tipo de poder: pobres son los que tienen en su contra a todos los poderes de este mundo. Tiene en su contra a las oligarquías y empresas multinacionales, a las fuerzas armadas y prácticamente a todos los gobiernos.

Ese querer ocultar la realidad del mundo es la primera forma de “oprimir la verdad con la injusticia”. El mundo de la pobreza es, en efecto, el gran desconocido. Y como no lo queremos mirar a la cara para no avergonzarnos, al desconocimiento añadimos el encubrimiento. Esto es lo que significa “despertar del sueño” en El Salvador.

En este mundo de pobreza y de pueblos crucificados es lo que nos ha permitido superar la ceguera y descubrir la mentira. Si miramos a esos pueblos cara a cara, si nos dejamos dar la gracia de mirarlos a la cara, comenzamos a ver la de las cosas, o ciertamente al menos un poco más de su verdad. Los pobres de este mundo, en efecto, nos muestran que siguen teniendo una esperanza. Es ésta una esperanza activa, que desencadena creatividad en todos los niveles de la existencia humana. Ésa es la verdad más honda de nuestro mundo y ésa es la totalidad de su verdad: que es un mundo de pecado y un mundo de gracia.

3. Los ojos nuevos para ver la verdad de los seres humanos.

El ideal que operativamente se sigue proponiendo a todos es el llamado “hombre moderno”, “el hombre occidental”, aunque no faltan ahora lamentos ante sus claras limitaciones, y críticas incluso ante sus evidentes fracasos. El ser humano occidental ha producido en muy buena medida un mundo infrahumano para otros el Tercer

Mundo y un mundo deshumanizante en el primer Mundo. Y, y sin embargo, no parece decidido a cambiar. Ser un ser humano se historiza hoy muy fundamentalmente, según se pueda comer o no se pueda comer.

Llega así a la conclusión que la convicción de que para conocer nuestra esencia humana es necesario y es mejor hacerlo desde y para los pobres que desde y para los poderosos; en lenguaje del evangelio: que la verdad del ser humano se manifiesta en las bienaventuranzas de Jesús y en la parábola del buen samaritano.

Y así, desde los pobres hemos redescubierto la necesidad de una nueva civilización: civilización de la pobreza o, al menos, de la austeridad y no de la imposible abundancia para todos; civilización del trabajo y no del capital.

4. Los ojos nuevos para ver la verdad de Dios

La bondad de Dios se concreta en que Dios está a favor de la vida de los pobres, en que ama con ternura a los privados de vida, en que se identifica con las víctimas de este mundo. El que Dios deje morir a las víctimas es un escándalo irrecuperable, y la fe en Dios tiene que pasar por ese escándalo.

En esta cruda realidad lo único que puede hacer el creyente es aceptar que Dios está en la Cruz, impotente como las víctimas, e interpretar esa impotencia como el máximo de solidaridad con ellas. La cruz en la que está el mismo Dios es la forma más clara de decir que Dios ama a las víctimas de este mundo.

Crear en Dios es, a la vez, dejar de creer en los ídolos y luchar contra ellos. De ahí que a los seres humanos se nos exija, no solo que elijamos entre fe y ateísmo, sino, más primariamente, entre fe e idolatría. Los ídolos deshumanizan a quienes le rinden culto, pero su malicia última consiste en que exigen víctimas para subsistir.

Fe en Dios es, en definitiva, hacer la voluntad de Dios, seguir a Jesús con el espíritu de Jesús en la causa del reino de Dios. Reproducir en la historia justicia y amor es lo que nos hace corresponder a la bondad de Dios. Caminar en la historia humildemente es lo que nos hace responder al misterio de Dios.

5. El corazón de carne y el principio-misericordia

En su experiencia en el pueblo salvadoreño ha redescubierto que la reacción fundamental ante este mundo de víctimas es el ejercicio consecuente de la misericordia, tal como aparece en la parábola del buen samaritano con lo que Jesús describe al hombre cabal. Éste es el que ve a un herido en el camino, se mueve a misericordia, lo atiende y cura sus heridas. Y la importancia de la misericordia en los evangelios se deduce también de que el mismo Jesús y el Padre que acoge al hijo pródigo son descritos desde ella.

Lo que hay que recalcar es que no se trata aquí de “obras de misericordia”, sino de la estructura fundamental de la reacción ante las víctimas de este mundo. Esta estructura consiste en que el sufrimiento ajeno se interioriza en uno, y ese sufrimiento interiorizado mueve a una re-acción, y sin más motivos para ello que el mero hecho del herido en el camino.

A esta realidad hemos “despertado” al redescubrirla, en una humanidad sin misericordia que alaba, sí, obras de misericordia, pero que no puede guiarse por el principio-misericordia. Guiados por este principio hemos descubierto lo siguiente: la primera es que hay que historizar la misericordia según sea el herido: la segunda es que una misericordia que se torna en justicia es automáticamente perseguida por los poderosos, y por ello la misericordia tiene que mantenerse con fortaleza: la tercera es que hay que anteponer la misericordia a cualquier cosa, lo cual, por decirlo irónicamente, no es nada fácil para ninguna institución civil, pero tampoco lo es para ninguna institución religiosa y eclesial: la cuarta es que el ejercicio de la misericordia de la medida de la libertad, tan proclamada como ideal del ser humano en el mundo occidental.

Y finalmente, si ojos nuevos y misericordia están realmente al servicio de los pobres y nos hacen participar un poco en su destino, podemos escuchar también: “Dichosos los pobres”.

6. Cambiar con Dios y bajar de la cruz a los pueblos crucificados.

Hemos despertado de un sueño de inhumanidad a una realidad de humanidad. Hemos aprendido a ver a Dios desde este mundo de víctimas desde Dios. Hemos aprendido a ejercitar la misericordia y a tener en ello gozo y sentido de la vida.

Primera parte

La iglesia samaritana y el principio-misericordia

1. El principio-misericordia

Por principio-misericordia entendemos aquí un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese “principio-misericordia” es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, y debe serlo de la Iglesia.

1.1. “En el principio estaba la misericordia”

Es sabido que el origen del proceso salvífico está presente una acción salvadora de Dios. Dios escucha los clamadores de un pueblo sufriente y, por esa sola razón, se decide a emprender la acción liberadora. A esta acción del amor así estructurada la llamamos “misericordia”.

1.2. La misericordia según Jesús

Esta primigenia misericordia de Dios es la que aparece historizada en la práctica y en el mensaje de Jesús.

- a) Cuando Jesús quiere hacer ver lo que es un ser humano cabal, cuenta la parábola del buen samaritano. Ser un ser humano es, para Jesús, reaccionar con misericordia.
- b) Si con la misericordia se describe el ser humano, a Cristo y a Dios, estamos, sin duda ante algo realmente fundamental. Es una actitud fundamental ante el sufrimiento ajeno, en virtud de la cual se reacciona para erradicarlo.

- c) En la parábola se ejemplifica cómo la realidad está transida de falta de misericordia. La misericordia es, pues, misericordia que llega a ser pasar de y en contra de la anti-misericordia.
- d) Jesús quiere que los seres humanos sean felices, y el símbolo de esa felicidad consiste en llegar a estar unos con otros, en la mesa compartida.

1.3. El “principio misericordia”

La esperanza de Jesús son los pobres que no tienen esperanza y a quienes anuncia el reino de Dios. Su praxis es a favor de los pequeños y los oprimidos. Su “teoría social” está guiada por el principio de que hay que erradicar el sufrimiento masivo e injusto. Para Jesús, la misericordia está en el origen de lo divino y de lo humano. Según ese principio se rige Dios y deben regirse los humanos, y a ese principio se supedita todo lo demás.

2. La Iglesia de la misericordia

Este “principio-misericordia” es el que debe actuar en la Iglesia de Jesús; y el pathos de la misericordia es lo que debe informarla y configurarla.

2.1. Una Iglesia des-centrada por la misericordia

El lugar de la Iglesia es el herido en el camino; el lugar de la Iglesia es “lo otro”, la alteridad más radical del sufrimiento ajeno, sobre todo el masivo, cruel e injusto. Cuando la Iglesia sale de sí misma para ir al camino en el que se encuentran los heridos, entonces se des-centra realmente. La re-acción de la misericordia es lo que verifica si la Iglesia se ha des-centrado y en qué medida lo ha hecho.

2.2. La historización de los clamores y de la misericordia

Todo sufrimiento humano merece absoluto respeto y exige respuesta, pero ello no significa que no haya que jerarquizar de alguna forma las heridas del mundo de hoy.

2.3. La misericordia consecuente hasta el final

A la Iglesia como a toda institución, le cuesta re-accionar con misericordia, y le cuesta mucho más mantener ésta. Le cuesta mantener la supremacía del reino de Dios sobre ella misma. En términos sencillos, digamos que le cuesta mantener la supremacía de la misericordia sobre el egocentrismo, que inevitablemente acaba en egoísmo.

Si se toma en serio la misericordia como lo primero y lo último, entonces se torna conflictiva. La Iglesia de la misericordia debe, pues, estar dispuesta a perder la fama en el mundo de la anti-misericordia; debe estar dispuesta a ser “buena”, aunque por ello le llamen “samaritana”.

2.4. La Iglesia de la misericordia se hace notar como verdadera Iglesia de Jesús

Su fe, ante todo, será una fe en el Dios de los heridos en el camino, Dios de las víctimas. La Iglesia de la misericordia es la llamada hoy en América Latina “iglesia de los pobres”. La misericordia es también una bienaventuranza, que siente gozo y por eso lo puede mostrarlo. Una iglesia de la misericordia “se hace notar” en el mundo de hoy. De manera específica con claridad.

3. Teología en un mundo sufriente. La teología de la liberación como “intellectus amoris”

Ese confrontamiento con la realidad es el que dirige su reflexión, el que la hace releer sus fuentes y determinar sistemáticamente sus contenidos. A nuestro juicio, la teología que con mayor radicalidad se confronta en la actualidad con el mundo sufriente es la teología de la liberación. Y, si es así, cómo ese mundo sufriente configura el quehacer teológico y la finalidad de la teología.

1. El mundo sufriente como mundo de pobres y empobrecidos

1.1. La “irrupción de los pobres” como el hecho mayor para la teología

La teología de la liberación ha determinado desde sus orígenes que el hecho mayor, es decir, aquello en que mejor expresa hoy la realidad, es la irrupción de los pobres. Con su sufrimiento y con su esperanza. Lo que ha tomado la palabra es el sufrimiento originado por una pobreza masiva, cruel, injusta, estructural y duradera en el Tercer Mundo. Esa irrupción está presente como principio, como aquello que sigue actuante en el proceso de la teología, dirigiendo su pensar y motivando su finalidad. En otras palabras porque los pobres siguen irrumpiendo, sigue siendo válido el principio que originó la teología de la liberación.

1.2. Determinación y justificación del hecho mayor para la teología

Lo que hace la teología de la liberación es determinar cuál es hoy la negatividad fundamental, sin que eso signifique ignorar o minusvalorar otras negatividades, sino, por el contrario, esclarecerlas, presentarlas en su mutua relación, pero desde la negatividad fundamental. Ésta es, como queda dicho, el sufrimiento masivo, cruel, injusto y duradero producido por la pobreza en el Tercer Mundo. Pobreza es, entonces, la negación formal y la privación del mínimo a que aspira la humanidad y sobre lo que gira toda la historia: la vida.

Esta pobreza-muerte, globalizante y en aumento, es lo que en sí misma se constituye en interpelación "irrumpe" para el ser humano, es interpelación ética, praxis, es interpelación al sentido de la vida, personal y colectivo. Y que en esa relación a esa realidad se manifiesta Dios como quien escucha ese clamor. Que Dios se manifiesta en relación a una concreta negatividad y para liberar de esa concreta negatividad. Para conocer la revelación de Dios es necesario conocer la realidad de los pobres. La teología de la liberación puede y está convencida de que debe basarse en la irrupción, hoy de los pueblos oprimidos y crucificados. Éste es el presupuesto de la teología de la liberación.

2. La determinación del hecho mayor como precomprensión y conversión de la teología

Le compete al quehacer teológico considerar la opción como precomprensión de la teología, tarea reflexionada por muchas teologías; y otro es considerarla como conversión de la teología, tarea menos realizada y ni siquiera prevista muchas veces.

2.1. La opción como precomprensión

La opción por ver en los pobres sufrientes el hecho mayor funge como precomprensión para la teología, tanto para poder comprender los textos de la Escritura como para comprender el texto de la realidad hoy. Se necesita una precomprensión existencial, se necesita una apertura confiada al futuro. Que el análisis de la antropología es necesario para comprender los textos, no debe reducirse a la dimensión de apertura y esperanza del sujeto a la afirmación en último termino de que el don y la gracia son posibles, sino que debe extenderse a su dimensión práxica.

Precomprensión significa, pues, para la teología de la liberación ver la realidad desde los pobres, disponibilidad a actuar sobre ella para cambiarla y relectura de los textos de la revelación desde ambas cosas. Ver la realidad desde los pobres se hace contra la opción de los poderosos. Esta precomprensión es la que hace de la teología de la liberación una teología, antes que nada, creatural. Además está movida y guiada por el principio de parcialidad que la posibilita y exige su precomprensión.

Los pobres de este mundo, por su concreción irreductible y por su imperiosa necesidad de salvación, son los que tienen la fuerza para desenmascarar la precipitada universalidad y el precipitado centrarse en uno mismo.

2.2. La opción como cambio y conversión de la teología

Es el caso de la teología de la liberación que se ha operado un cambio y ese cambio se puede dominarse conversión, porque existe una tendencia innata a que el sufrimiento de los pobres no sea reconocido como el hecho mayor. La teología de la liberación es consciente que está actuante en el origen mismo del quehacer teológico, y que hay que estar dispuestos a hacer contra esa hybris, a la conversión.

3. La teología de la liberación como “intellectus amoris”

La irrupción de la los pobres exige y posibilita una nueva comprensión y una conversión fundamental del quehacer teológico. Hay que erradicar el sufrimiento de los pobres. En esa respuesta la teología se va configurando como la inteligencia del amor.

3.1. La misericordia como reacción primaria ante el mundo sufriente

Es el amor primario, a que llamamos “misericordia”. Es una opción e que la misericordia sea la reacción correcta ante el mundo sufriente; pero, una vez realizada, se le descubre también con algo central en la revelación: como reacción ante el sufrimiento ajeno y como primaria y última. Significa que, en la revelación, la misericordia es la reacción correcta ante el mundo sufriente, y que es acción necesaria y última; que sin aceptar esto no puede haber ni comprensión de Dios ni de Jesucristo ni de la verdad del ser humano. La teología tiene que estar presente la misericordia.

3.2. Teología y praxis

Es una teología que se origina ante un mundo sufriente, y por ello su pregunta primaria es cómo debe ser su logos para que se erradique ese sufrimiento. La teología de la liberación utiliza dos modos distintos en la interacción entre teoría y praxis, entre teología y misericordia. El primero expresa la necesidad de la praxis y su aporte a la constitución del conocimiento teológico. El segundo expresa lo que la teoría debe ser para la praxis, lo que el intellectus de la teología debe ser para el ejercicio de la misericordia.

La finalidad de la teología de la liberación es la liberación de un mundo sufriente y su transformación en el reino de Dios. Esta finalidad es lo que hace que la teología de la liberación reformule su contenido fundamental como el “reino de Dios”, que introduzca la praxis en la comprensión de ambas magnitudes de esta unidad dual, reino y Dios.

3.3. La teología como “intellectus amoris”

Todo lo dicho significa que la teología de la liberación es, ante todo, un intellectus amoris, inteligencia de la realización del amor histórico a los pobres de este mundo y del amor que nos hace afines a la realidad del Dios revelado, la cual consiste, en definitiva, en mostrar amor a los seres humanos. La teología en cuanto intellectus se debe comprender a sí misma desde la triada fe-esperanza-amor, y que dentro de ella, dé prioridad al amor. Dentro del quehacer teológico da pensar la realidad en cuanto produce admiración y mueve a conocerla siempre mejor, y por ello puede hablarse de una fides quarens intellectum.

4. “Mystagogía” e “intellectus gratiae”

Es claro que la teología de la liberación desea profundizar en el entendimiento de la y en lo más central de ella: Dios y el reino de Dios. Entender qué es Dios en su propia realidad (el misterio de amor de la trinidad, qué es el reino de Dios (un mundo según el amor de Dios), es tarea perenne de la teología y específicamente necesario y fructífero para una teología que quiere propiciar la práctica del amor.

En la práctica del amor es donde el ser humano se ve confrontado con mayor radicalidad con la pregunta por la verdad de la fe. En la realidad del mundo sufriente y en presencia de lo que le ocurre a la práctica del amor, surgen inevitablemente las preguntas últimas teológicas: ¿es verdad que la esperanza es lo más sensato?; ¿no lo será más la resignación o la desesperación?; ¿es verdad que la fe es obsequium rationabile?; ¿no será más razonable el agnosticismo o el ateísmo de protesta?

Estas preguntas surgen con mayor fuerza en la práctica del amor-justicia, porque en ella aparece el cuestionamiento más radical a la verdad de Dios y de su reino: los pobres, inocentes y privilegiados de Dios, son víctimas del antireino, los ídolos de la muerte parecen tener más poder que el Dios de la vida. Así en las palabras de Gustavo Gutiérrez, la principal tarea de la teología es cómo decir a los pobres de este mundo que Dios los ama.

El cuestionamiento proviene de la realidad; y la respuesta, de haberla, tiene que provenir también de ella. En la práctica del amor, la realidad va mostrando también que la esperanza es cosa primigenia y responde a lo que en la realidad hay de promesa; que el amor mismo es lo último y lo mantiene la esperanza; que lo último que existe en el fondo de la realidad, a pesar de todo, es algo bueno y positivo, algo que hace caminar siempre a la historia para que dé más de sí. Esa práctica es la que, en último término, hace existencialmente razonable afirmar la verdad de la fe.

Intellectus amoris e intellectus gratiae son los dos formas específicas en que se configura una teología que toma como signo de los tiempos la irrupción de los pobres sufrientes y esperanzados.

II. LOS PUEBLOS CRUCIFICADOS ACTUAL SIERVO SUFRIENTE DE YAHVÈ

Los pueblos crucificados una aterradora evidencia.

Sobrino habla de cómo nosotros tendemos a ignorar, encubrir o tergiversar nuestros pueblos crucificados sencillamente porque nos aterra. Los obispos han dicho lo que caracteriza a América Latina es la miseria que margina a grandes grupos humanos, que como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo.

El término “pueblos crucificados” es el lenguaje útil y necesario al a nivel fáctico y real, porque “cruz” significa muerte, y muerte es aquello a lo que están sometidos de mil maneras los pueblos latinoamericanos. Morir no significa simplemente morir, sino ser matado; significa que hay víctimas y que hay verdugos; significa que existe un gravísimo pecado. Existen pueblos crucificados y por tal motivo es necesario y urgente ver así a nuestro mundo.

2. El pueblo crucificado como siervo doliente de yahvè

Sobrino cita a Monseñor Romero cuando dijo a unos campesinos aterrorizados que habían sobrevivido a una matanza: “Ustedes son la imagen del divino traspasado”. Y cita también a Ellacuría: “Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida”.

¿Qué es lo que dicen sobre el siervo doliente de Yahvè? Ante todo, que es “hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento”; y ésa es la condición normal del pueblo crucificado: hambre, enfermedad, tugurios, frustración por falta de educación, de salud, de empleo... Como el siervo, también el pueblo crucificado es “desestimado de los hombres”; todo le han quitado, hasta la dignidad. Y, realmente, ¿qué puede aprender y recibir el mundo de ellos?, ¿qué le ofrecen para su progreso, a no ser sus materias primas, sus playas y volcanes, el folklore de sus pueblos para el turismo?...

Pero cuando estos siervos doliente de Yahvè se deciden a vivir y a invocar al Dios que los defiende y los libera, entonces ni siquiera se les reconoce como gentes de Dios, y se entona la conocida letanía: son subversivos, terroristas, criminales, ateos, marxistas y comunistas. Y, despreciados y asesinados en vida, son también despreciados en muerte.

Muchos de ellos luchan por su vida, y no falta algún profeta que los defienda. Pero en definitiva ni en vida se les oye con seriedad ni en muerte se investigan sus asesinatos. Entonces allí es cuando el siervo, no sólo proclama la verdad del pueblo crucificado, sino también la verdad sobre sus verdugos.

3. La salvación que traen los pueblos crucificados

A los pueblos crucificados hay que bajarlos de la cruz, ya que este mismo pueblo crucificado trae salvación. Más aún, en que el elegido por Dios para traer salvación es el siervo; lo cual acrecienta el escándalo. Qué salvación histórica trae hoy la cruz. Sin embargo, no afirmar la salvación que trae el siervo sería tanto como borrar algo central en la fe. Lo veremos en los siguientes puntos:

3.1. La luz que traen los pueblos crucificados

En América Latina no hay soluciones, sólo hay problemas; pero, por más doloroso que sea, es mejor tener problemas que tener una mala solución para el futuro de la historia. La solución que hoy ofrece el Primer Mundo es mala fácticamente porque es irreal, porque no es universalizable. Y es mala éticamente, porque es deshumanizante para todos, para ellos y para el Tercer Mundo.

El Tercer Mundo ofrece luz para lo que históricamente debe ser hoy la utopía. La utopía, en el mundo de hoy, no puede ser otra cosa que “la civilización de la pobreza”, el compartir todos austeramente los recursos de la tierra para que alcancen a todos. Y en ese “compartir” se logra lo que no ofrece el Primer Mundo: fraternidad y, con ella, el sentido de la vida. El verdadero progreso no puede consistir en el que ahora se ofrece, sino en bajar de la cruz a los pueblos crucificados y compartir con todos los recursos y bienes de todos.

3.2. La salvación que traen los pueblos crucificados

Los pueblos crucificados ofrecen positiva salvación. Puebla lo dijo con palabras escalofriantes, muy poco tenidas en cuenta por países e iglesias occidentales: los pobres nos ofrecen un potencial evangelizador; y detalla este potencial como “los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios”. En lenguaje histórico, los pobres tienen un potencial humanizador, porque ofrecen comunidad contra el individualismo, servicialidad contra el egoísmo, sencillez contra la opulencia y apertura a la trascendencia contra el romo positivismo, de todo lo cual está imbuida la civilización del mundo occidental.

Los pueblos crucificados están abiertos al perdón de sus opresores. No quieren triunfar sobre ellos, sino compartir con ellos. A quienes se acercan a ayudarlos, les abren los brazos, les aceptan y, así, aun sin saberlo ellos, les perdonan.

Los pueblos crucificados han generado solidaridad, un modo de llevarse mutuamente seres humanos y creyentes, allí y aquí, abiertos los unos a los otros, dando lo mejor unos a otros y recibiendo lo mejor unos de otros.

Los pueblos crucificados ofrecen, por último, una fe, un modo de ser Iglesia y una santidad más verdaderos y más cristianos, más relevantes para el mundo actual y más recordadores de Jesús.

Somos un continente de esperanza, lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura novedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que realmente tienen es miedo.

AMÉRICA LATINA: LUGAR DE PECADO, LUGAR DE PERDÓN.

El pecado destruye moralmente al pecador, pero además introduce innumerables males en la realidad, en el propio pecador, en el ofendido y en la sociedad en general. Esos males deben también ser enfrentados según la fe, y por ello hay que hablar de sanar la realidad o, en terminología analógica, de “perdonar” la realidad. El cristiano, por tanto, debe estar dispuesto a perdonar al pecador y a perdonar la realidad, a liberar al pecador de su culpa y a sanar la realidad de la miseria que introduce el pecado.

Hay que preguntarse qué significa perdonar el pecado y perdonar al pecador. Para ello hay que ver como *analogatum princeps* del pecado la pobreza injustamente infligida que produce muerte lenta y violenta, y como *analogatum princeps* del pecador los ídolos que producen muerte y exigen víctimas para subsistir.

Si miramos un poco el pecado objetivado es lo más evidente y clamoroso, y lo que exige una urgente respuesta, tal como lo vieron Medellín y Puebla; 2) las ofensas personales más graves torturas, asesinatos, desapariciones, etc., a cuyos autores hay que perdonar según la fe, son expresiones del pecado objetivo fundamental; 3) la espiritualidad del perdón debe tener en cuenta las dos dimensiones del mismo, pero en último término con vistas a una reconciliación de la realidad misma que permita relaciones de fraternidad.

1. El perdón de una realidad empecatada

Medellín y Puebla saben muy bien que hay pecadores y pecados; que todo pecado tiene su raíz, en último término, en el corazón del hombre y que produce trágicos frutos: pobreza, angustias y frustraciones. El pecado objetivo de América Latina no es un pecado cualquiera, sino “la miseria que margina a grandes grupos humanos”.

Pecado es lo que ocurre cotidianamente en el continente. Esa realidad es la negación más clamorosa de la voluntad de Dios, terrible ofensa a Dios, “clama al cielo”. Pecado es lo que sigue dando muerte a los hijos de Dios.

Lo que en directo exige la fe es la liberación del pecado de la realidad y la humanización de los ofendidos y, derivadamente, la rehabilitación del pecador y la humanización del ofensor.

Luchar contra el pecado significa, en primer lugar, como para Jesús y los profetas, denunciarlo, dar voz al clamor de los ofendidos, pues el pecado tiende a ocultarse; y desenmascararlo, pues el pecado tiende a justificarse e incluso a presentarse cínicamente como su contrario. Erradicar el pecado comienza, por tanto, denunciando que existe la muerte y crucifixión de pueblos enteros, que esto es intolerable y el mayor mal, sin relativizarlo ideológicamente apelando, como suele ser frecuente, a peores males; desenmascarando esa muerte y crucifixión como la más grave ofensa contra Dios y que no puede, por tanto, ser justificada ni, menos aún, bendecida en nombre de Dios.

Positivamente, se lucha contra el pecado destruyendo y plantando; destruyendo objetivamente los ídolos que dan muerte, en concreto, las estructuras de opresión y violencia; construyendo nuevas estructuras de justicia y propiciando las medidas adecuadas para ello.

Perdonar el pecado de la realidad es convertirla, es sustituir el antireino por el reino de Dios, la injusticia por la justicia, la opresión por la libertad, el egoísmo por el amor, la muerte por la vida.

Pero el perdón de la realidad es también cosa de espiritualidad, no sólo de conocimiento analítico de la realidad y de praxis adecuada sobre ella. Supone mantener la esperanza en la utopía del reino de Dios y, sobre todo, una gran misericordia y un gran amor.

Se trata de defender a los pobres, a millones de seres humanos que malviven en la miseria, erradicar el pecado, exige también cargar con él. Dejarse afectar por su pobreza y compartir su propia debilidad.

Cargar con todo el peso del pecado que amenaza y destruye, como al siervo sufriente de Yahvé, al que lucha contra él. De cargar con su peso destructivo en sus diversas formas de amenazas, persecución y muerte. Cargar con el pecado supone, entonces, fortaleza para mantenerse cuando su erradicación se hace sumamente costosa y el pecado revierte contra uno mismo; supone mantener la esperanza cuando ésta se oscurece; supone la activa disponibilidad al mayor amor, a dar la vida por los pobres cuya vida se quiere fomentar; supone, en una palabra, pasar por el destino del siervo para convertirse en luz y salvación a través de la oscuridad y el fracaso.

2. El perdón del pecador

En medio de una realidad empecatada existen los pecadores. Éstos son, en primer lugar, los ídolos que dan muerte; perdonarlos significa, fundamentalmente, erradicarlos. Pero esos ídolos tienen agentes concretos que causan ofensas concretas: torturas, asesinatos, desapariciones.

Lo primero que hay que afirmar es que en América Latina existe el perdón a ese tipo de ofensas como respuesta cristiana al pecador. El perdón personal no es sólo ni primariamente el ejercicio de una costosa ascesis o el cumplimiento

de un sublime mandamiento, sino que es, antes que nada, la manifestación de un gran amor que sale al encuentro del pecador para salvar. El mismo amor que mueve a “perdonar” la realidad mueve a perdonar al que ofende, y al que ofende hasta ese grado.

Esta realización del perdón presupone una visión de la vida y de Dios. Querer convertir al pecador con amor supone creer que el amor es eficaz para transformar el pecado y al pecador; que el amor tiene poder, aunque la historia muchas veces haga dudar de esa convicción.

Pero la finalidad última del perdón es otra, es la positiva reconciliación. Se perdona, en último término, para construir el reino de Dios, para vivir fraternalmente en comunión.

El perdón al pecador supone una esperanza específica, la esperanza en el milagro de la conversión y en el milagro de la reconciliación.

3. Espiritualidad del perdón

La espiritualidad del perdón supone integrar varios aspectos, los cuales históricamente están en tensión: 1) en el nivel estructural, la relación entre la erradicación del pecado y el perdón al pecador; 2) en la vida cotidiana, el perdón de las ofensas y su relación con el gran perdón estructural. La espiritualidad del perdón debe tener en cuenta todos estos aspectos y, sobre todo, integrarlos unificadamente, lo cual es cosa del espíritu, para que el énfasis en un aspecto no haga desaparecer el otro.

La liberación de la opresión significa también destrucción del opresor; y aunque esta tarea sea delicada y peligrosa, no puede ser abandonada, por amor a los oprimidos. Por amor hay que estar dispuesto a la acogida del pecador, perdonándole, y hay que estar dispuesto a imposibilitarle sus frutos deshumanizantes para otros y para él mismo.

El perdón del pecador es también un recordatorio para los creyentes, ciertamente del propio pecado y del perdón recibido por Dios. La espiritualidad del perdón tiene que ejercitarse en el nivel estructural descrito, pero también en la vida cotidiana, donde la ofensa es más inmediata y el perdón más cálido.

La opresión estructural ha ayudado a descubrir las opresiones típicas dentro de las comunidades: el machismo, el autoritarismo de sus líderes, el desentenderse de las responsabilidades, el egoísmo y ansia de dominación.

Sin la acogida del perdón no se puede transmitir el amor de Dios: Perdonar es liberar, amar a los oprimidos por una realidad empecatada y, por ello, liberarla; amar a los opresores y, por ello, estar dispuestos a acogerlos y a destruirlos en cuanto opresores.

Si los pueblos crucificados hacen descubrir el pecado del mundo, si estos pueblos están dispuestos a ofrecer el perdón y a acoger al mundo pecador

para humanizarlo en su conciencia desgarrada, si invitan a todos a luchar contra el pecado objetivo para humanizar la realidad, si ese descubrimiento, esa acogida y esa invitación son aceptados, entonces serán posibles la reconciliación, la solidaridad y el futuro del reino de Dios en la historia.

PECADO ESTRUCTURAL Y GRACIA ESTRUCTURAL

1. Una palabra profética: la negación injusta del mínimo de vida

1.1. La vida destruida

Muy poco después de la llegada de los españoles, la vida de los indígenas comenzó a ser destruida, y ése fue el hecho fundante en las relaciones entre los europeos y los pobladores de aquel mundo nuevo. Después de la llegada de los europeos, la población indígena quedó reducida a un quince por ciento. La finalidad principal de la empresa conquistadora era la búsqueda insaciable de riqueza y de poder a *toda costa*, aun cuando entonces como ahora se aireasen otras motivaciones ideologizadas cristianizar a los indios. Los países pobres sólo interesan por lo que pueden ofrecer. El Tercer Mundo sigue siendo importante por sus materias primas. Se sigue necesitando del Tercer Mundo, sus mares, su aire, su naturaleza, aunque sea únicamente como vertedero para los residuos venenosos. Claro está que para otras cosas se encuentra completamente solo.

1.2. La justificación del expolio

Ante las aberraciones cometidas por los conquistadores, se generó un movimiento de protesta y de defensa del indio, pero se produjo también un movimiento de justificación del sometimiento que se hizo de ellos. *Eclesiásticamente* se aducía la bula de Alejandro VI, promulgada poco después de 1492, en la que se delimitaban las zonas de dominio de españoles y portugueses. *Teológicamente* se afirmaba que Dios había concedido a los españoles aquellas tierras, o porque ésa había sido su providencia o como premio por sus luchas contra los infieles durante la Reconquista. Desde *la filosofía política* se afirmaba que en aquellas tierras no había dueños legítimos, y por ello los europeos legítimamente las podían conquistar. *Antropológicamente* se asentaba la inferioridad humana de los indios, llegando hasta a negárseles alma y humanidad. *Éticamente* se aducían las malas y perversas costumbres de los indios, lo cual no sólo permitía, sino que exigía, que se les sometiera para ser liberados de ellas.

1.3. Lo humano ignorado y despreciado

El ignorar o el poner en duda el ser humano de los indios. Y esto en forma mucho más sofisticada puede seguir ocurriendo en la actualidad, donde ya no se habla de un desconocimiento sino de un *desinterés*. Y junto al desconocimiento y el desinterés, existe el eurocentrismo, la prepotencia y aun el desprecio, no necesariamente como realidades subjetivas explícitas, sino

como un *a priori* siempre presente: la realidad de los pueblos del Tercer Mundo se mide de antemano, según se acerque o no a la del Primer Mundo. Lo real, al menos el *analogatum princeps* de lo real, es Europa, y los “otros” seres humanos serán reales en la medida en que participen de ella.

2. Una palabra de gracia: es posible vivir con sentido

En efecto, no es una verdad de la razón, pero sí es esencial a la fe cristiana, afirmar que en el siervo doliente de Yahvé hay luz y salvación, y que en Cristo crucificado hay sabiduría de Dios. Y eso sigue siendo verdad en América Latina.

2.1. La luz de la verdad

Una luz que, por su potencia, tenga la fuerza de iluminar las tinieblas y desenmascarar la mentira es, por ello, muy beneficiosa y muy necesaria. El Tercer Mundo es la luz que hace que el Primer Mundo se conozca como es. La historia muestra que la solución ofrecida por el Primer Mundo es deshumanizante para todos los mundos.

2.2. La fuerza de conversión

No sólo desde un punto de vista cristiano, sino simplemente humano, cambiar el corazón de piedra en corazón de carne (la conversión) es problema fundamental del Primer Mundo. El Tercer Mundo está abierto al perdón de sus opresores. No quiere triunfar sobre ellos, sino compartir con ellos y abrirles futuro. A quienes se acercan a ellos, los pobres del Tercer Mundo les abren su corazón y sus brazos y sin saberlo les otorgan perdón. Al permitir que se les acerquen, hacen posible que el mundo opresor se reconozca como pecador, pero también como perdonado. Y de esta forma, además, introducen en el mundo opresor una realidad humanizante, pero ausente: la gracia, pues el perdón no es logro del verdugo, sino don de la víctima.

2.3. Valores humanizantes

El Tercer Mundo tiene un potencial humanizador, porque, al menos en principio y muchas veces en la práctica, ofrece los siguientes valores: comunidad, contra el individualismo; sencillez, contra la opulencia; servicialidad, contra el egoísmo; creatividad, contra el mimetismo impuesto; celebración, contra la mera diversión; apertura a la transcendencia, contra el romo pragmatismo... Y desde el punto de vista cristiano, poseen un potencial Evangelizador se convierten en buena noticia para nosotros.

2.4. Entrega, amor y martirio

El Tercer Mundo ofrece un gran compromiso, una gran entrega y un gran amor. No es que sea masoquista ni suicida, ni que sólo le quede hacer de la necesidad virtud. Es que, ante el herido en el camino, a muchos se les han removido las entrañas y se han movido a misericordia. Amor es una oferta de humanización.

2.5. La esperanza que no muere

El Tercer Mundo tiene esperanza y ofrece esperanza. Es una esperanza que se ha expresado en trabajos y luchas por la liberación, aunque el Primer Mundo trate siempre de sofocarla y aparentemente lo logre, lo cual, por cierto, no debiera interpretarlo como triunfo, sino como fracaso. Pasa esa corriente esperanzada de la humanidad que, una y otra vez, intenta que la vida sea posible. Para terminar, quisiera decir que la solución para este nuestro mundo es la solidaridad. Todos necesitamos de todos, y todos podemos ayudar a todos. Lo importante es recuperar o comenzar a tener la idea y el ideal de la familia humana. “que no olviden que somos hombres, seres humanos”.

PECADO PERSONAL, PERDÓN Y LIBERACIÓN

Pecado y perdón son realidades centrales en la revelación y porque, incluso, la erradicación del pecado histórico puede ser potenciada por el reconocimiento del propio pecado y la aceptación del perdón.

1. Dificultades actuales para el reconocimiento del propio pecado

Para describir la actual situación por lo que toca a la conciencia del propio pecado, puede decirse, en general, que existe la tendencia a pasar, de una visión “*omnipecaminosa*” de los creyentes, a otra “*apecaminosa*”; de una visión de la vida dominada por el pecado personal o su posibilidad (y relacionada con la condenación eterna transcendente como su consecuencia más específica), a una visión de disminuida responsabilidad personal en las acciones negativas de los seres humanos (y, desde luego, a una visión en la cual no opera seriamente la posibilidad de una condenación eterna). Los seres humanos pierdan la capacidad de reconocerse como pecadores.

El perdón recobra su dimensión de buena noticia para el ser humano, dimensión opacada y ocultada cuando el ser humano no se reconoce tal cual es. Pero el perdón, si no se entiende como mero acto judicial, no es ni antropológica ni teológicamente logro del ser humano, sino que es don y gracia.

La impresión que da el Primer Mundo, estructuralmente hablando, es que no sabe qué hacer con la gratuidad. Su teología seguirá hablando, por necesidad, del don y de la gracia, de que todo comenzó con Dios gratuitamente y todo terminará en Dios gratuitamente. Los “opresores”, los pecadores por antonomasia, a quienes Jesús denuncia y desenmascara y de quienes exige radical conversión, consistente en dejar de ser opresores; los “pobres y oprimidos”, a quienes Jesús defiende de aquéllos y de quienes exige una *metanoía* que, en lo fundamental, consiste en el cambio radical de su visión de Dios como quien está en favor de ellos, no en su contra, más la exigencia de superar pecados “regionales” fruto de la debilidad humana; y los “seguidores”, a quienes Jesús exige entrega a la misión.

2. El reconocimiento del pecado personal a través del perdón.

A través de Jesús, desenmascara el pecado del pecador y le anuncia la salvación. En forma de tesis, podemos afirmar que en la revelación de Dios en Jesús la palabra inmediata es sobre la salvación; que, como hemos dicho varias veces citando a Rahner, Dios ha roto para siempre la simetría de ser posiblemente salvación o posiblemente condenación. Lo suyo propio es ser salvación, con lo cual el desenmascaramiento de la verdad del pecado del hombre se hace con vistas a la salvación y, además, desde la salvación. Que muestra misericordia antes que justicia; que ofrece dignidad y futuro a quien se siente sin posibilidades. No es la conversión la que va a exigir que Dios acoga al pecador, sino, a la inversa, es la acogida de Dios la que va a hacer posible la conversión.

La “acogida” histórica de los seres humanos por parte de Jesús de Nazaret aparece aquí como “cercanía” absoluta a los seres humanos hasta el final. Ese Dios absolutamente cercano, que no hace ni siquiera de la cruz pretexto para dejar de ser cercano, es el Dios que puede pronunciar una irrevocable palabra de amor hacia los seres humanos.

3. El perdón como liberación

Lo dicho muestra que el perdón es central en el Nuevo Testamento, pero además que, en cuanto el perdón es acogida y no mera absolución, el perdón es formalmente liberador. El perdón-acogida abre un futuro nuevo y positivo al pecador, le abre espacio social ante otros y le abre un espacio interno ante sí mismo. Jesús puede decirle en verdad: “vete en paz”.

El perdón, por último, libera al ser humano para *reconocer a Dios tal cual es*, en su esencial dimensión de gratuidad y parcialidad. Dejarse acoger por Dios significa creer en Dios y esclarecer en qué Dios se cree. El perdón es un beneficio, porque es liberación de la mentira con que queremos ocultárnoslo a nosotros mismos y excluirlo de nuestra visión de Dios.

4. Liberación del pecado personal y erradicación del pecado histórico

El difícil reconocimiento del propio pecado y la difícil realización de la conversión provienen, en último término, del perdón como luz sobre la propia verdad y como fuerza para la propia conversión. En cuanto verdad, no se la puede ignorar ni se la puede asentar. Ese amor de Dios tiene como elemento esencial el ver el mundo tal cual es, en su verdad, no en su mentira; y realizar, en la verdad de ese mundo, la voluntad de Dios.

“Perdonar” el pecado del mundo es “erradicarlo”. El perdonado gratuitamente es el agradecido. *Ese agradecimiento de saberse acogido* es el que *lleva al descentramiento de uno mismo*, a la acción generosa, a vivir y desvivirse para que el experimentado amor de Dios sea una realidad histórica en este mundo.

No hay sólo un responder agradecidamente, sino un corresponder generosamente a la realidad de aquel que lo acogió y lo perdonó. Como

Ignacio ante Jesús crucificado, se pregunta ante el pueblo crucificado: “¿Qué he hecho yo para crucificarlo? ¿Qué hago para que lo descrucifiquen? ¿Qué debo hacer para que ese pueblo resucite?”. El perdón, pues, no queda encerrado en el perdonado, sino que se desborda en agradecimiento, y éste en la práctica histórica de la misericordia (con todas las mediaciones coyunturales y estructurales, de transformaciones objetivas y de acompañamiento en el sufrimiento y la esperanza...).

El recuerdo del propio pecado genera una humildad fructífera; hace más fácil reconocer (y remediar) las limitaciones a que están sujetos los procesos de liberación, por necesarios, buenos y justos que sean; hace más fácil percibir (y remediar) los dogmatismos, protagonismos y reduccionismos que, inevitablemente, generan también esos procesos como subproductos negativos.

5. Los pobres y oprimidos como mediación histórica del perdón-acogida

El perdón-acogida son los pobres y oprimidos de este mundo. Los pobres de este mundo son quienes cargan con el pecado del mundo; por eso son ellos los verdaderamente ofendidos y los acusadores. Pero, además, son ya los que juzgan al mundo y pueden otorgar el perdón-acogida a sus opresores.

Cuentan sus aflicciones, les dan de lo poco que tienen, les agradecen y muestran su gran alegría por su visita y les piden que no se olviden de ellos y que cuenten lo que han visto cuando regresen a sus lugares.

Los pobres son, pues, la mediación histórica del perdón acogida de Dios. Y si es verdad que desde el perdón se posibilita el reconocimiento del propio pecado y se obtiene la fuerza para una práctica contraria al pecado, se está diciendo entonces que hoy también hay posibilidad de reconocer el pecado del mundo y de decidirse a erradicarlo. Pero, como en el caso del pecado personal, hay que añadir que eso tampoco es fácil: el mundo opresor no quiere dejarse perdonar, y por eso le es tan sumamente difícil saberse en su verdad.

En América Latina debe decirse que la Iglesia en su conjunto ha avanzado considerablemente sobre su anterior actuación secular, objetivamente en contra de los pobres; pero el no hacer radical y consecuentemente la opción por los pobres sigue siendo su más grave pecado; y el erradicarlo, su más grave responsabilidad. Pero para poder hacer ambas cosas tiene que estar dispuesta a dejarse perdonar por los pobres. Bellamente dice Puebla que los pobres evangelizan a la Iglesia en cuanto la interpelan llamándola a conversión y en cuanto le ofrecen la realización de importantes valores evangélicos.

Lo que hemos querido decir en estas páginas es que el pecado, en todas sus formas, es un mal, es lo que da muerte al espíritu y a la carne de los seres humanos; que el pecado, además de ser un mal, es también esclavizante, y por ello su superación es formalmente liberación. Pero, como una aportación específicamente cristiana a la liberación, hay que seguir proponiendo también

la posibilidad del perdón que Dios sigue ejerciendo a través de los oprimidos de este mundo. Históricamente, puede pensarse que esto no tenga mucho éxito; pero, como todo principio utópico, puede principiar realidades positivas: el reconocimiento del pecado del mundo y la disponibilidad a bajar a los crucificados de su cruz.

III. DETERMINACIÓN DE LA REALIDAD SACERDOTAL, SOLIDARIDAD HUMANA, HERENCIA DE LOS MÁRTIRES DE EL SALVADOR Y EPÍLOGO: CARTA A IGNACIO ELLACURÍA.

La tercera parte de *El principio misericordia*¹ de Jon Sobrino, trata a profundidad las temáticas señaladas en el título arriba sugerido. A continuación, se procederá sistemáticamente a tipificar cada una de ellas con el fin de interiorizar estos planteamientos teológicos e inspirar la praxis cristiana de quienes se acerquen a este escrito.

HACIA UNA DETERMINACIÓN DE LA REALIDAD SACERDOTAL. EL SERVICIO SALVÍFICO DE DIOS A LOS HOMBRES

Desde el punto de vista del autor, la realidad sacerdotal en América Latina y el mundo se halla cuestionada. La pregunta qué significa ser sacerdote en medio de un mundo de miseria e injusticia es acuciante. Por otra parte, existen dos preguntas que acompañan a ésta: Qué significa ser pastor de una comunidad de laicos que dan y reciben y qué consecuencias tiene participar en lo sacerdotal de la Iglesia desde la jerarquía.

El autor afirma que lo común al sacerdocio “ministerial” y “común” aún no ha sido especificado. De igual forma, tampoco se ha esclarecido la relación sacerdocio- vida religiosa, a su vez, persiste la tensión teórica entre lo profético y lo ministerial.

Las preguntas en mención, que son muchas y muy valiosas, no han abarcado la pregunta clave, que es sencilla y a la vez compleja: ¿Qué es lo sacerdotal? El autor desea responder a esa pregunta, es decir, desea determinar la realidad sacerdotal. La determinación de esta realidad pasa por la aclaración de dos problemas previos: determinar la finalidad de lo sacerdotal y el modo teológico de abordarlo.

¹ SOBRINO, Jon. *El principio misericordia* (Bajar de la cruz a los pueblos crucificados). Santander: Sal Terrae, 1992. pp. 161-267.

La finalidad sacerdotal es clara: la salvación, aquello que los seres humanos han buscado siempre. Lo sacerdotal ha expresado la realidad de una humanidad necesitada de salvación, con la esperanza de conseguirla.

Sobrino opina que los obispos y las comunidades que han tomado en serio la necesidad global de salvación, como es el caso de los obispos Helder Cámara, Pedro Casaldáliga y Oscar Romero y sus iglesias locales, son quienes han terminado siendo más sacerdotales.

Actualmente, la Iglesia trata lo sacerdotal como algo más regional y no como algo totalizante. En la determinación del sacerdocio falta confrontar la praxis sacerdotal con Cristo y con Dios, es decir, respecto de la cristología y de la teología.

Respecto al segundo problema previo, la determinación teológica del sacerdocio, se dirá, a un nivel elemental, que lo teológico del sacerdocio surge de la necesidad de mediación entre Dios y los seres humanos. Éstos desean salvar la distancia entre Dios y ellos. La solución dada en muchas religiones ha sido lo ritual: salir de lo profano para pasar a lo divino. El sacerdote pues, es el hombre de lo sacro.

Ahora bien, Jesús rompió el paradigma de la separación entre Dios y el hombre. Jesús, con su vida, afirma que Dios se ha acercado y que se acerca por pura gracia, por pura iniciativa propia, libre y gratuita. Dios se ha acercado para salvar porque ha oído los clamores de su pueblo. Se acerca por amor y con amor. Ese acercamiento es parcial y a favor de los débiles.

El Dios santo y trascendente se acerca en la historia de los hombres en lo que tienen de necesitados. Dios se acerca a costa de la *hybris* humana, que pretende decidir a fin de cuentas qué es lo bueno para el ser humano. En resptic tac-pablo morouesta, Dios ofrece salvación y se ofrece a sí mismo hasta el extremo de la cruz. Él se abaja para buscar al hombre y no a la inversa.

La expresión histórica del acercamiento de Dios es Jesús, el acercamiento salvífico de Dios en Jesús es eminentemente sacerdotal. La realidad sacerdotal sigue siendo vigente porque es posible el proseguimiento de Jesús, ésta es la posibilidad del sacerdocio actual, es posible seguir a este sacerdote verdadero.

Sobrino destaca que lo esencial del sacerdocio es mostrar la bondad de Dios, esa bondad está presente en todas las funciones litúrgicas y doctrinales. El sacerdocio- teológicamente- trata de ayudar a que los hombres respondan y correspondan a Dios así como lo ha hecho Jesús: convenciendo o venciendo desde dentro a base de un gran amor.

Las consecuencias de este servicio sacerdotal son: Que este servicio es apostólico, va dirigido al mundo de los necesitados y dialoga con quienes

hacen revolución y quieren crear salvación; además, es evangélico, comunicador y realizador de una buena noticia: la acción del Padre y el Reino. Lo formal del sacerdocio es un servicio al acercamiento bueno de Dios. Anima al ser humano a cumplir la exigencia de ser bueno, confiando en la bondad de Dios. Al respecto, la denuncia profética y la condena de los opresores no se suaviza, éstas son un servicio a la bondad de Dios para defender a los débiles. Esta denuncia, en el servicio sacerdotal convencido de la bondad de Dios, es fuerte y decidida a favor de los oprimidos y tanta más dura hacia los opresores.

El servicio sacerdotal como evangélico quiere decir que, en último término, se quiere comunicar la bondad de Dios y que esa bondad es su última argumentación y determinación.

Respecto al servicio sacerdotal se puede decir que sirve en la historia real y se muestra en la realidad histórica con realidades históricas como el pan y el perdón. Finalmente, toda la presencia sacerdotal apunta a mostrar la bondad de Dios que es parcial, defendiendo a los pobres para que la bondad florezca. Aquí se vuelve litúrgico el sacerdocio, cuando celebra en la vida misma, el acercamiento bueno de Dios.

El sacerdocio tiene también una dimensión cristológica. Hebreos afirma que la realidad de Jesús es la única plenamente sacerdotal. Las actividades de Jesús se hallan guiadas por el servicio al acercamiento de Dios a la humanidad. Como lo diría el autor: "En una palabra, Jesús se desvive por mostrar que Dios se acerca en su reino y se acerca como Padre". En la cercanía a la escoria de la sociedad y en su ataque a los poderosos se puede conocer la sacerdotal de Jesús, su existencia fue sacerdotal, para acercarse a Dios, Él se acerca a los hombres y a lo más débil de ellos. Hebreos no nos dice que Jesús es sacerdote que conoce a priori el perfil que debe llenar, sino todo lo contrario: sacerdote, ese es Jesús y es sacerdote por ser el hombre de la misericordia.

La misericordia practicada por Jesús llena y rebasa todas las expectativas mesiánicas y le relaciona directamente con el Padre y con el Reino. La misericordia es el amor de Dios que se inclina sobre los débiles para levantarlos.

Para Hebreos, Jesús llegó a ser sacerdote a través de un proceso en fidelidad y solidaridad que tiene su culmen en la entrega de su vida, es decir, en lo más histórico de su sacerdocio y lo más sacerdotal de su vida histórica.

Para Sobrino, se puede constatar que ha habido servicio sacerdotal por medio de tantos mártires y desaparecidos, ya sean ministros o no, ellos son nuestras guías para practicar la misericordia y para que salvación e Iglesia vuelvan a encontrarse para así bajar de la cruz a los pueblos crucificados.

La Iglesia, por tanto, no debe disminuir su ejercicio misericordioso- sacerdotal, debe incrementarlo.

El capítulo 9 de *El Principio Misericordia* lleva por título: “Conlleaos mutuamente”. Análisis teológico de la solidaridad cristiana. A continuación, su breve síntesis:

“Conlleaos mutuamente”, en la terminología paulina, es lo propio de las iglesias cristianas, aquí, la referencia al otro es esencial, tanto para dar como para recibir; aquí confluyen exigencias éticas de servir al otro y gratuidad. En pocas palabras, es la forma cristiana de superar el principio el individualismo personal y colectivo, tanto en lo histórico como en la fe.

Para el autor, el pueblo crucificado y el entrañamiento que genera ponerse en movimiento para bajarlo de la cruz ha hecho posible este fenómeno de la solidaridad. En especial, el autor analiza la solidaridad de algunas iglesias del Primer Mundo con el pueblo salvadoreño. La realidad crucificada del pueblo salvadoreño es tan alarmante que incluso, se da un “conlleaos mutuamente” ecuménico, porque la realidad de los pobres es la raíz histórica de la solidaridad, que, como ya se dijo, se ha suscitado en El Salvador, cuyo pueblo fue sistemáticamente violentado, perseguido y asesinado y con quien sacerdotes y religiosas mezclaron su sangre. La verdad de los pobres se hizo más verdad cuando fue proclamada por una Iglesia Perseguida, una verdad ante la que hay que reaccionar.

“Conlleaos mutuamente” acarrea una nota salvífica para todos, no sólo dan las iglesias de Primer mundo en una dinámica de asistencialismo barato. Sino que reciben valores, recuperación del sentido de la vida, apertura al Reino de Dios y replanteamiento de ideas erradas e individualistas que antes se consideraban valores absolutos. Los pobres son los *otros* reales a los que se ven remitidos, con quienes interactuar y quienes, en verdad, son los mediadores de la gracia de Dios.

La solidaridad suscitada entre Iglesias pasa a una apertura hacia lo ecuménico. El criterio para esta nueva forma de relacionarse es la solidaridad. Ante el pueblo crucificado se caen todas las barreras y los egoísmos históricos de iglesias que un día fuimos hermanos. Ante los pueblos crucificados, las posiciones extremas ceden y se desvanecen y se unen las manos para bajar de la cruz a los crucificados.

En lo que respecta a las iglesias católicas, se debe recordar que la catolicidad, una de las notas de la Iglesia Romana, debe entenderse como corresponsabilidad directa entre las iglesias locales, dando y recibiendo lo mejor que se tiene, aprendiendo y enseñando lo mejor que se sabe.

El pobre es la pregunta eterna para el misionero y para una Iglesia y unas Iglesias que se conciben misioneras. El pobre relativiza las pre concepciones del misionero sobre Dios y le abre al encuentro verdadero con Dios. Cuando el misionero que ha venido de lejos (o está cerca) comprende que el destinatario de su misión es el pobre, comprende, entonces, por qué se le ha concedido la gracia de venir a Latinoamérica y qué significa misionar. La actividad misionera, es, por tanto, fundamentalmente solidaridad entre iglesias locales.

Por otra parte, respecto al movimiento ecuménico, se debe reiterar que es irrelevante sin una previa solidaridad con los pobres, sería una interconfesional diabólica. El movimiento ecuménico debe comenzar por revisar los fundamentos de la fe común o en diálogo. La única unidad ecuménica que puede lograrse, debe buscarse en la solidaridad con los pobres. Cuanto mayor sea la solidaridad de las confesiones con los pobres, más pura será su fe, más verdadera en su realidad; y por ellos será una fe cada vez más común.

La solidaridad entre iglesias y entre confesiones de fe debe jugarse en los niveles básicos de la vida, donde se juega la vida o la muerte de los pobres, aquí es donde se dona fe y se recibe gracia.

Finalmente, el autor propone a Monseñor Romero como un paradigma de solidaridad, como suscitador de procesos de solidaridad, él supo vivir su realidad eclesial y su propia fe en solidaridad con otros. Para Monseñor Romero, con este pueblo – y con su fe que es un misterio de liberación- no cuesta ser buen pastor.

El capítulo décimo del libro, titulado “La herencia de los mártires de El Salvador”, hace, primordialmente, una teología de los seis sacerdotes jesuitas asesinados en el campus de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), el 16 de noviembre de 1989, por efectivos del Batallón Atlacatl, durante la ofensiva lanzada por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) sobre San Salvador, la capital de El Salvador.

El autor destaca que sus hermanos jesuitas se humanizaron encarnándose en la realidad crucificada de El Salvador, nunca maquillaron la realidad y no tuvieron miedo ni deshonestidad en crear una universidad para la liberación, al servicio de los pobres. Al realizar esta opción, ellos mismos llegaron ser simplemente reales y humanos, no sucumbiendo a la tentación de ser unos intelectuales y unos religiosos con nada comprometidos.

Las entrañas de estos jesuitas se movieron a misericordia, fueron una mezcla única entre inteligencia y entrañas de misericordia, no dieron el rodeo que dio el levita y el sacerdote, no salieron del país ante las amenazas a su integridad, ni se instalaron en una isla para cerrar los ojos ante la realidad crucificada. Para ellos, la universidad fue un instrumento eficaz para curar de verdad al que se encuentra tirado a lo largo del camino. No hubo en ellos segundas intenciones. Ellos trabajaron para erradicar el antirreino, fueron movidos a

misericordia y buscaron bajar de su cruz al pueblo crucificado. La misericordia estuvo en el origen, en el proceso y en el final de sus vidas, a ellos los configuró sobremanera.

Estos mártires dijeron la verdad, desenmascararon las mentiras de los poderosos, defendieron a los pobres, se dejaron amar por ellos y buscaron caminos de justicia desde una universidad para la liberación. No buscaron llenar las categorías de la realidad con lo que acontecía en El Salvador, todo lo contrario, adaptaron los análisis teóricos a la realidad salvadoreña.

El martirio añadió a sus vidas credibilidad y es un signo perenne de que la misericordia humaniza y cristianiza. Su martirio mostró a la opinión mundial la injusticia atroz y el asesinato sistemático de los pequeños que buscan levantarse.

Su martirio nos deja una Buena Noticia, desde sus cruces, los mártires alimentan la esperanza y alientan al compromiso, al agradecimiento y la esperanza. Con ellos, se puede decir lo que Ellacuría dijo de Monseñor Romero y que nunca hubiese dicho de sí mismo: "Dios pasó por El Salvador". Nos dejan, por lo tanto, su fe; pero nos dejan, sobre todo, el paso misterioso de Dios.

El epílogo del libro se titula: "Carta a Ignacio Ellacuría", leída en la misa del 10 de noviembre de 1990 y publicada en *Carta a las Iglesias* 223. El autor destaca la inteligencia y la creatividad de Ignacio Ellacuría, su misericordia por los pobres y su decisión de nunca buscar para sí fama de escritor o de gran eminencia, en el primer lugar de su vida estaba el servicio.

Ignacio Ellacuría sirvió a los pobres de El Salvador y del Tercer Mundo y eso es lo que dio ultimidad a su vida. Para el autor, éste mártir es un hombre movido por la compasión y la misericordia. La misericordia puso a funcionar su inteligencia en aras de la liberación de los crucificados.

Sobrino destaca que Ignacio Ellacuría es un hombre de fe en Dios y de una convicción profunda de la revelación de Dios en Jesús hacia los seres humanos. Las capacidades humanas de Ellacuría no deslumbran, ni sus limitaciones y defectos ofuscan: lo fundamental en su vida fue y es el ejercicio de la misericordia ante un pueblo crucificado y que nada hay más humanizante que la fe.

IV. APORTES PERSONALES

4.1. El principio misericordia, configurador de una nueva praxis sacramental.

Una idea recorre de principio a fin *El Principio Misericordia (Bajar de la cruz a los pueblos crucificados)*: Levantar a los oprimidos, suscitar la solidaridad de los países del Primer Mundo con los del Tercer Mundo, buscar la reintegración de los que son víctimas de la injusticia a una sociedad nueva, y que ésta sea de iguales.

El autor ha destacado hasta la saciedad que el servicio eficaz para cambiar la violencia estructural que causa el sufrimiento de los pobres, es lo que debe configurar la praxis sacramental de toda la Iglesia. A este respecto, el grupo que se hizo cargo de esta investigación desea dar su aporte.

Es menester para la praxis sacramental que se propone, poner en primer lugar el dolor de los que sufren, pero sucede que en dicha praxis, como en el tiempo de Jesús, los más vulnerados son quienes se hallan más lejos de la mediación institucional, en este caso del sacramento de la penitencia. Es que, en verdad, hace mucha falta crear no sólo espacios de reconciliación litúrgico-celebrativos, sino experiencias de apertura donde entren los zorreros, los niños de la calle y la gente considerada por los mismos pobres como “gente de mala fe”. Reconciliarse quiere decir, botar las barreras entre los pobres y los ricos, que la praxis vuelva a sus raíces de igualdad.

La praxis sacramental actual es miedosa y farisea, no se va en búsqueda de la oveja perdida, sino que, se espera dentro del templo a que ellos lleguen.

La praxis sacramental no debe hacerse para mantener el culto o para “hacer un grupo de resistencia al mundo” sino, para incluir a quienes se hallan fuera de la Iglesia, siendo víctimas de este sistema, verdaderos crucificados por unos pocos. Nuestros sacramentos deberán ser denuncias proféticas, que por una parte denuncian la injusticia a la que son sometidos los excluidos, y por otra, anuncian la mesa común donde, al invertirse la sociedad, nadie será más que nadie.

En síntesis, toda la praxis sacramental debe desembocar en el servicio ilimitado a los pobres, quien se bautiza lo hace para trabajar por el Reino de Dios, el ministro para luchar por la liberación de los pobres, los que se casan para, solucionar los problemas de su entorno, en todo caso, todos tendrán la oportunidad de estar al servicio del desfigurado siervo sufriente de Yahvé.

4.2. Reparación de las víctimas en Colombia, una posibilidad para la vivencia del sacramento de la Reconciliación.

Cargar con todo el peso del pecado amenaza, destruye y produce muerte. Cargar con su peso destructivo en sus diversas formas de amenazas, persecución y muerte no deja lugar para vivenciar el verdadero rostro de Dios. Cargar con el pecado supone, entonces, fortaleza para mantenerse cuando su erradicación se hace sumamente costosa y el pecado revierte contra uno mismo; supone mantener la esperanza cuando ésta se oscurece; supone la activa disponibilidad al mayor amor, a dar la vida por los pobres cuya vida se quiere fomentar; supone, en una palabra, pasar por el destino del siervo sufriente de Yahvé como lo menciona Sobrino para convertirse en luz y salvación a través de la oscuridad y el fracaso.

No hay duda de que los pobres de este mundo son quienes cargan con el pecado del mundo; por eso son ellos los verdaderamente ofendidos y los acusadores. Lamentablemente el tercer mundo no ha sido ajeno a esa realidad y concretamente por eso quisiéramos tratar nuestra realidad Colombiana que desde hace varios años viene con una carga que ha sido demasiada pesada para los pobres y que aquellos que pudieran hacerla más liviana han pensado hace poco como ayudarla a alivianar. Ha sido el flagelo de la violencia como consecuencia de la violación de sus derechos fundamentales por la acción de los grupos armados organizados al margen de la ley, esa violación de sus derechos se ve manifestada en el homicidio, desaparición forzada, secuestro, lesiones personales y psicológicas, con y sin incapacidad permanente, tortura, delitos contra la libertad e integridad sexual, reclutamiento de menores y, desplazamiento forzada... se habla de un país que su mayoría son católicos sobre todo sus dirigentes por eso sería bueno que nos preguntáramos ¿será que durante este tiempo se ha hecho algo para reconciliar este fustigo, humanizar esta gente y reconocer allí el verdadero rostro de Cristo?

Desde hace poco se ha venido hablando de la reparación de las víctimas donde se incluyen varias medidas como el cese de las violaciones, la verificación de los hechos, disculpas oficiales, sentencias judiciales, revelación pública de la verdad, búsqueda, identificación y entrega de los restos de personas desaparecidas o fallecidas, sanciones a los autores de los crímenes, y reformas institucionales. Busca restablecer la dignidad de las víctimas. Mecanismos de rendición de cuentas, conmemoración, pedidos públicos de perdón. Iniciativas de reparación desvinculadas de otras medidas de justicia pueden ser contraproducentes, pues pueden ser consideradas por las víctimas como intentos de comprar su silencio o como dinero manchado de sangre.

Pueden incluir reparaciones simbólicas (disculpas individuales y públicas, construcción de memoriales y museos, nombrar y renombrar espacios públicos para recordar y dignificar a las víctimas entre otras), y materiales (medidas de

rehabilitación en salud física y mental, becas de educación técnica y universitaria y programas especiales de formación y capacitación para jóvenes y adultos, corrección de registros criminales, judiciales o penitenciarios, pensiones o sumas únicas de dinero y reparaciones colectivas para comunidades étnicas, entre otros).

No hay duda que es una buena forma de luchar contra el pecado ya que este significa como para Jesús y los profetas, denunciarlo, dar voz al clamor de los ofendidos, pues el pecado tiende a ocultarse; y desenmascararlo, pues el pecado tiende a justificarse e incluso a presentarse cínicamente como su contrario. Erradicar el pecado comienza, por tanto, denunciando que existe la muerte y crucifixión de pueblos enteros, que esto es intolerable y el mayor mal, sin relativizarlo ideológicamente apelando, como suele ser frecuente, a peores males; desenmascarando esa muerte y crucifixión como la más grave ofensa contra Dios y que no puede, por tanto, ser justificada ni, menos aún, bendecida en nombre de Dios.

Esta práctica de la reparación de las víctimas en Colombia, es una posibilidad para la vivencia del sacramento de la Reconciliación.

4.3. La praxis de la bondad de Dios: hacia un servicio ministerial a favor de los más pobres.

El papel fundamental y la tarea evangelizadora de la Iglesia católica en el mundo actual, está encarnada hoy más que nunca en el servicio ministerial de sus miembros en orden a la compasión y misericordia a favor de los desfavorecidos de la sociedad, una sociedad que va en marcha y en busca de la verdad. Esta sociedad que se interpela en primer lugar, en el significado de cómo debe ser sacerdote en un mundo de miseria e injusticia, de esperanza y movimientos de liberación; cómo integrar su pacífica existencia sacerdotal en un mundo convulsionado. Cómo mostrar a ese Dios cercano y misericordioso a millones de seres humanos que son víctimas de la injusticia y del egoísmo de los que tienen el poder en el mundo. Esto le compete a la Iglesia, intentar determinar la realidad y el servicio sacerdotal.

Lo importante entonces es determinar el puesto del sacerdote en cuanto a la necesidad de mediación entre Dios y los hombres. Por lo tanto el papel del sacerdote es pieza clave y decisiva, pues en él se realiza la mediación. Y esa mediación depende de la creatividad que su servicio se ejecute en el culto sincero como testimonio vivo de la bondad de Dios con el más necesitado. “Dios da a conocer su realidad acercándose al hombre, quiere dar a conocer que (parte de) su realidad es acercarse al hombre” pag. 172.

La misión de la Iglesia consiste en ofrecer a los hombres, inseparablemente, el mensaje y la gracia de Cristo, impregnando y perfeccionando todo el orden

temporal con el espíritu evangélico. El ejercicio de la labor ministerial es hacer mostrar a ese Dios cercano, un Dios con nosotros no lejos de la realidad del pobre. Ese acercamiento a Dios se debe configurarse libre y gratuito como don encarnado a favor del más débil.

El servicio sacerdotal debe dirigirse a los más necesitados en su función de la caridad y por la caridad redescubierta y vivida desde esta perspectiva integral de la experiencia de don y tarea, como la Iglesia puede y debe evangelizar -

anunciando y dando testimonio del amor de Dios por el hombre, través de la palabra y de las obras, convirtiéndose en Iglesia servidora. “Los pobres sienten que en verdad Dios se les ha acercado, que ese acercamiento es bueno para ellos y que les mueve a ser buenos ellos mismos”. Pag 184.

Jesús aparece anunciando el acercamiento del reino de Dios como buena noticia y el acercamiento de Dios como Padre bondadoso, lo cual ocurre graciosamente y como pura iniciativa de Dios. En él la caridad se nos ha mostrado como amor entregado y universal, que llega a todo hombre como buen samaritano, que verifica la autenticidad del culto (cf. Mt 5, 23-24), que llega a los enemigos (cf. Mt 5, 43-48), que se hace preferencial por los más pobres, los enfermos, los que más sufren, a los que llamará bienaventurados (cf. Lc 6, 20). Ellos son los primeros destinatarios de su misión y evangelización (cf. Lc 4, 18-19; RMi 60): Jesucristo se proclama, al comienzo de su vida pública, cumplidor de la promesa de salvación a los pobres. Además, los pobres son sacramento de Cristo y el amor a los mismos es signo y manifestación del amor a Cristo: “Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me acogieron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; en la cárcel, y vinieron a verme (...) En verdad les digo que cuando lo hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron (...)” (Mt 25, 31-46).

Esta invitación evangélica hace en el servicio un signo sanador y esperanzador para la iglesia de los pobres, servicio que se debe realizar en todos los ámbitos en que Dios se acerca al hombre y el hombre se acerca a Dios. A través de la palabra que enuncia y anuncia la realidad salvadora de Dios.

El servicio a la salvación es lo que hace a la Iglesia verdaderamente sacerdotal, transparente y auténticamente encarnada en su carisma a favor de los más necesitados. En portadora de misericordia y auténtica en fraternidad para ser signos de los tiempos en un mundo cambiante como loes nuestra realidad de los países de Latinoamérica.

4.4. La Iglesia Samaritana: Acercarse a los pecadores.

El capítulo III de *El Principio Misericordia* se titula: “La Iglesia Samaritana y el Principio Misericordia”, en él, el autor destaca que muchas veces la Iglesia se ha defendido o se ha predicado a sí misma, pero que ha olvidado algo que debe ser un elemento constitutivo de su identidad eclesial, cristológica y teológica: La Misericordia con los caídos en el camino, aunque por ello le llamen “impura” y “samaritana”.

Ser Iglesia Samaritana no es nada fácil, consiste en romper esquemas, despreciar jerarquías y puestos de honor, y a decir verdad, en nuestra Iglesia “santa y pecadora”, hay muchos que no están dispuestos a correr esta suerte, por más que se diga que sería muy parecida a Jesús de Nazaret, el Cristo.

La tendencia “romanizante” de ahora, incluso, va en contra de esta opción radical; hay dentro de nuestra Iglesia búsqueda de honores, deseos de imperar sobre los otros y creerse más que los demás.

La Iglesia samaritana debe optar radicalmente por los pobres, es su *analogatum princeps*, en ellos se encuentra directamente con Dios, el culto, por su parte, es sincero en la medida que la acción eclesial levanta a los caídos. Pero, este no es un ideal, por décadas ha acontecido en la realidad latinoamericana y es una realidad, aunque sea un praxis eclesial de minorías.

La Teología de la Liberación ha logrado ser samaritana, su opción fundamental por los pobres le ha traído censuras, problemas, pero se ha mantenido inamovible en su opción. Incluso, desde Roma se ha tratado a la teología de la Liberación como comunista y poco religiosa. Lo mismo se puede decir del samaritano, tal vez pueda ser acusado de poco religioso, pero de hecho, es quien más religioso es, su entrañamiento le ha hecho ir en pos del caído, dándose a sí mismo para restituir al otro.

Desde el Principio Misericordia, según el autor, conformador de la praxis de Jesucristo, se considera que es menester para la Iglesia acercarse a los pecadores, a la gente de mala fama, a los discriminados del Tercer Mundo. Es menester para la iglesia acompañar los procesos de liberación de todos los pobres que desean levantarse y gastar en ellos todos sus recursos y todas sus fuerzas. Luchar por la liberación plena es luchar por encontrar el Reino de Dios y su justicia.

El equipo investigador, siendo parte de la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl, enviada a evangelizar a los pobres, no desea cerrar este apartado sin hacer una breve reflexión de la misión propia en el mundo, al dejarse guiar por el Principio Misericordia.

San Vicente de Paúl, como Jesús, como Monseñor Romero, como los Jesuitas asesinados, actuó guiado por el Principio Misericordia. Los pobres fueron siempre “su peso y su dolor” y demostró esta misericordia sin límites atendiendo a las necesidades puntuales de los caídos y estableciendo soluciones creativas que culminasen en el dar vida a tantos caídos, en el abandono radical de su situación de postración y desesperanza.

El papel de la Congregación de la Misión, guiada desde el Principio Misericordia consistiría, entonces, en crear proyectos de desarrollo autosostenible para los barrios marginales en que tenemos presencia, en sacar de la calle a los niños víctimas de proxenetas y vendedores de droga y en promover integralmente a los pobres luchando en su lucha por la justicia. Es necesario promover la dignidad de las mujeres prostituidas, de luchar por la conversión de las pandillas juveniles y el afrontamiento de la violencia, que exige víctimas y más víctimas.

De esta manera, la Iglesia y la Congregación de la Misión actuarán con Principio Misericordia, acercarse a los pobres es ser samaritana, pero -orgullosamente- para la salvación de los pobres y la propia, para la realización del amor pleno, se podrá ser más constructores del Reino de Dios.

4.5. ¿Cómo despertar de nuestra inhumanidad eclesial ante los pueblos crucificados?

Para el autor del Principio Misericordia, los pueblos del Tercer y del Primer mundo se encuentran separados por la inhumanidad. Prácticamente, los pueblos del Primer Mundo cierran los ojos para no ver la realidad crucificada de los pueblos sufrientes de Latinoamérica y del Tercer Mundo, actual siervo sufriente de Yahvé y a la mayoría de sus habitantes poco les importa el destino de las mayorías populares. Por tanto, la solidaridad consiste en romper la barrera de la inhumanidad.

La reflexión que aquí se esbozará, desea enfocarse en el sueño de inhumanidad del que es necesario despertar, pero pondrá su énfasis en el sueño de inhumanidad eclesial del que los cristianos católicos debemos despertar.

A veces, poco importa el destino de tanta gente excluida de los sacramentos, a veces, en nombre del seguimiento de Cristo y del celo apostólico por el nombre de Dios, se suele dividir el mundo entre puros e impuros, entre los que “merecen estar aquí” y entre quienes “no lo merecen.

La institución eclesial se abroga el derecho de excluir y condenar. Los sacramentos, signos de libertad, muchas veces son instituciones opresoras, que lejos de brindar salvación a los pobres, dan dignidades- por nadie merecidas- a algunos que se creen con autoridad divina.

Es necesario, a este respecto, preguntarse por el nulo acceso a la Eucaristía de los no casados, al final ésta es una pena canónica y no un principio con plena sustentación teológica o al menos con sustentación teológica bastante discutible.

El no acceso a los sacramentos es una institución de inhumanidad, sufrimiento y muerte que debe ser eliminada porque no se encuentra sustentada en el principio misericordia y porque no realiza procesos sanadores, salvadores y liberadores.

Es hora de despertar de este sueño de inhumanidad y hacer de los sacramentos lo que hizo Jesús de Nazaret, el Cristo, signos de inclusión y de gracia. La exclusión que se presenta en los sacramentos, sin duda es signos de cómo es la Iglesia y de cómo somos nosotros. Se reafirma acá lo dicho en el apartado precedente: Es momento de incluir a los pecadores, para quienes es la salvación.

Las mayorías pobres de América Latina no están en buena lid con los sacramentos, ellos viven respecto a ellos en situaciones irregulares. Es hora de apartar lo que de diabólico tienen nuestros sacramentos para que ellos tengan acceso a estos signos liberadores. Es hora de romper con la obsesión de cuidar lo sagrado y entregarlo en manos de quienes lo necesitan.

Esta reflexión no pretende ser una propuesta de cómo operativizar el desbalanceo de los sacramentos a favor del Principio Misericordia, esto rebasa

la reflexión del grupo investigativo, pero desea, antes que nada, pellizcar las conciencias eclesiales para humanizar más los sacramentos a favor de aquellos “gentiles”, que están sedientos de salvación.

4.6. El dar y recibir: la manera de crecer sacramentalmente.

El amor que recibimos de parte de Dios está en que todos nos amemos los unos a otros. Ese amor gratuito está en que debemos imitar a Jesús Hijo, como testimonio encarnado de la solidaridad del Padre, al darse y entregarse por nosotros para darnos la felicidad de la salvación.

Ese don de la salvación obsequiada por el Hijo de Dios nos debe mover las entrañas de misericordia con el que está más cercano a nuestra realidad. Jesús se donó con generosidad al plan salvífico del hombre y espera de nosotros esa respuesta de entrega y lucha por el reino de Dios que es la felicidad plena que se concretiza en la justicia, el amor y paz.

Al dar y al recibir, lo más importante es la intención. La intención debe ser siempre crear felicidad para quien da y para quien recibe, la felicidad sostiene y sustenta la vida y, por tanto, genera abundancia en ambas partes. Pero la triste realidad que abunda en nuestra sociedad es el elevado egoísmo, que no nos deja abrirnos a la realidad del otro como mi prójimo, esta realidad no deja avanzar hacia el encuentro, hacia la comunión, hacia el crecimiento de la persona como tal, sino que crea la deshumanización, el caos, la desigualdad

En este ambiente entra en juego el dejarnos redescubrir por el camino de la gracia a la solidaridad humanada, como principio que deba ser garante de la construcción del reino de Dios. Con la ventana a la realidad, que nos da la vivencia de los sacramentos, es el mismo Jesús en su mensaje, el que nos desafía a crecer compartiendo, solidarizándonos y comprometándonos con el dolor del más pobre.

Para irrumpir en ese mundo de egoísmo, nos dice Dios en la primera carta de San Juan: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”. 1 Juan 2,15-17. Así la invitación para

el crecimiento de una vida coherente y espiritual, es permanecer en la gracia sacramental, como un acto de fe, que en cada actuar que hagamos sea para derrumbar los lazos de que acta y destruyen el proyecto de Dios.

4.7. El principio misericordia en la praxis pastoral vicentina.

La situación actual del mundo, en donde la pobreza aumenta día a día, nos interpela y nos hace sentir con mayor fuerza la necesidad de colaborar de manera más efectiva para que nuestros proyectos con los pobres, sean una verdadera alternativa para llegar a cambiar las situaciones tan injustas en que ellos viven.

Para un alto porcentaje de seres humanos, la subsistencia es una preocupación constante que les impide ver hacia adelante. Nos angustia ver que esos hermanos a quienes queremos servir y cuyo clamor se hace escuchar de diversas maneras, tanto en los países ricos, como en los países más pobres, son los excluidos los que más resienten las injusticias, los efectos negativos de la globalización, el deterioro de la ecología, los cambios climáticos, los desastres, las guerras...

Al hacer una mirada por los diferentes proyectos que la familia vicentina viene realizando podemos observar que muchos han logrado tener un impacto real y positivo en la vida de nuestros hermanos más pobres. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que hacen muchos para llevarlos a cabo, numerosos proyectos, aunque positivos, frecuentemente no logran transformar la vida de estas personas vulneradas. Frente a esta doble realidad nos hacemos varias preguntas: ¿Por qué algunos proyectos no logran transformar la vida de los pobres? ¿Qué es lo que origina los buenos resultados de algunos proyectos? ¿Qué estrategias se han puesto en práctica en los proyectos exitosos? Gracias a estos interrogantes la familia vicentina se ha puesto en a la tarea de buscar estrategias a nivel internacional que ayuden a mejorar el servicio a los pobres y dejar a tras ese asistencialismo y otras formas de servir a los pobres que ha sido fuertemente cuestionados. Como consecuencia de esto surgió el cambio sistémico, que consiste en una nueva metodología que permite recoger y organizar los conocimientos con miras a una mayor eficacia de la acción. Una nueva forma de comprender a la persona necesitada, como ser biológico, psíquico, social, espiritual.

Vivimos en un mundo complejo y diversificado e intentamos comprender sus disfuncionamientos como son la injusticia, la pobreza, la violencia, la angustia humana. Estas situaciones son tan complejas que, a veces, tenemos la impresión de no poseer los conocimientos necesarios, ni una idea clara y precisa de la realidad. ¿Cómo avanzar en nuestra comprensión? El cambio sistémicos una manera de comprender dicha complejidad. Nos permite desarrollar aptitudes para establecer las relaciones, ver los lazos, que nos llevarán a comprender los disfuncionamientos y a encontrar las estrategias para erradicarlos de manera eficaz.

Se trata de un profundo cambio de mentalidad ya que se abandona una visión fragmentaria en provecho de una visión de conjunto. Se considera un sistema (una persona, una familia, una organización, un país...) en su totalidad, su dinámica propia, y se concede tanta importancia a las relaciones e interacciones entre sus elementos, que a los elementos mismos. Es un enfoque ecológico, holístico que mira hacia el porvenir, hacia la realización del objetivo.

Este tipo de pensamiento impide que inconscientemente usemos los mismos modelos mentales que están causando el problema que queremos resolver. Se cree que para poner en práctica el cambio sistémico se pueden aplicar algunas estrategias como considerar la pobreza no como un resultado inevitable de las circunstancias, sino como el producto de situaciones injustas que pueden ser modificadas, centrándose en acciones tendientes a romper el círculo de la pobreza. Diseñar proyectos, estrategias creativas, políticas y líneas de acción, que se desprendan de nuestra misión y valores cristianos y vicentinos. Y finalmente evangelizar e inculturar los valores y el carisma vicentino, con un profundo respeto por la cultura local.

Para estas estrategias es necesario comenzar:

1. Con un análisis serio de la realidad local, partiendo de datos concretos y elaborando cada proyecto en torno a dicha realidad. Que creemos que es en lo que más se ha fallado, porque muchas veces quisiéramos.
2. imponer ideas que han funcionado en otros lugares y queremos obtener los mismos resultados.
3. Se necesita tener una visión global, para satisfacer una serie de necesidades humanas básicas individuales y sociales, espirituales y físicas, especialmente trabajo, cuidados para la salud, habitación, educación, crecimiento espiritual, con un enfoque integral a la prevención y al desarrollo sustentable.
4. Implementar estrategias coherentes, empezando modestamente, delegando tareas y responsabilidades y proporcionando servicios de calidad, respetuosos de la dignidad de la persona.
5. Lograr que el proyecto sea auto-sustentable, y garantizar los recursos materiales y humanos para asegurar su continuidad. Estrategias Orientadas en las personas (centrándose en los pobres, que son los más capaces de cambiar su propia situación)
6. Escuchar con atención para comprender las necesidades y aspiraciones de los pobres, creando una atmósfera de respeto y confianza mutua y promoviendo la autoestima
7. Educar, capacitar y ofrecer formación espiritual a todos los participantes en el proyecto.
8. Promover procesos de aprendizaje horizontales, formando agentes multiplicadores efectivos y líderes visionarios en la

comunidad, para que sean líderes servidores, inspirados en San Vicente de Paúl.

9. Luchar, a través de acciones políticas, con el fin de transformar las situaciones injustas y lograr un impacto positivo en las políticas sociales y en las leyes.

10. Tener una actitud profética: anunciar, denunciar y, comprometerse, a través del trabajo en redes, en acciones de presión para lograr el cambio.

Esperamos que como familia vicentina el principio misericordia, se vea evidenciado por medio de este Cambio Sistémico y logremos instaurar el Reino de Dios humanizando a aquellos que su dignidad le ha sido arrebatada y echada en la basura. Que estos pobres crucificados que llevan el yugo de las estructuras sean vistos como seres humanos y así se siga avivando la esperanza de construir un mundo más fraterno, justo y humano.